

GÓNGORA Y EL SEÑOR DE ZUHEROS

J. M^a ORTIZ JUAREZ

ACADÉMICO NUMERARIO

Si fuéramos a calcular el lugar exacto que el Señor de Zuheros ocupa en esa escala jerárquica de la nobleza en la época austriaca, nobleza a la que, tanto salvo raras excepciones, elogió, alabó y si se quiere alagó Góngora, no nos sería difícil afirmar que, después de reyes, como Felipe II, Felipe III y Margarita de Austria, Duques como el de Feria y Lerma, Marqueses como los de Ayamonte y Santa Cruz, Condes como los de Lemos y Vallamediana, aparte de la numerosa jerarquía eclesiástica a la que nuestro poeta dedicó sus versos, en verdad el señor de Zuheros no ocupaba ningún peldaño importante en esa escala de valores. Sin embargo, y pese a lo que dicho Señor pudiera representar en esa jerarquía nobiliaria, a la que tanto se quiso aproximar Góngora, no cabe duda, que la hija del Señor de Zuheros, debió ser para don Luis algo especial, ya que a otras muchas mujeres a las que alude en sus versos, algunas tan reiteradamente elogiadas como la Marquesa de Ayamonte, ninguna recibe la dedicatoria de "la lisonja", pensemos que es bien llamativo el título de la composición dedicada a esta dama: "Lisonjea a Doña Elvira de Córdoba, hija del Señor de Zuheros". Alabar, glorificar, enaltecer, es natural en quien se empeña en halagar a una mujer; pero la palabra "lisonjear" en don Luis, resulta un tanto sorprendente, por no decir inusitada. Como hay poemas de Góngora sobre todo algunos sonetos que no tienen dedicación, por ejemplo del número 230 al 235 de la edición Millé, pudiera ser antepuesto al poema por algún recopilador de los muchos, o por lo menos varios, que hubo de las poesías de nuestro racionero. De todas formas, y hasta que se demuestre lo contrario, palabras halagadoras sindicativas de la admiración que el poeta siente por esta dama de la nobleza de Córdoba.

Sin embargo ¡qué escondida queda en el enigmático, a veces, lenguaje gongorino, la belleza de esta dama, sin duda merecedora del elogio y la lisonja! ¿Quién es esa "novilleja" que hiere con media luna y mata con dos luceros? ¿Quién es esa "novilleja" a la que con ímpetu movido por la noticia, quieren ver los vaqueros, y a los que resultamente logra contener el afortunado buscador, que después de pedir albricias por el hallazgo les impide el paso con la reiterada recomendación de quietud? Quedo, hay, quedetico quedo! Si los vaqueros van con denuedo a recuperarla hay algo en la misma novilleja que los rechaza:

"Un no se que celestial"

Bueno será adentrarnos en el contenido de este poema, escrito en un año tan importante en la cronología de la producción gongorina como el de 1613. Año en el que don Luis escribe con una encantadora variedad de metros y de temas: este romance

que estamos comentando, otro de la misma fecha a la beatificación de Santa Teresa de Jesús, unas cuantas letrillas satíricas, un soneto a don Antonio de las Infantas, nada menos que la Fábula de Polifemo y Galatea, tal vez, el comienzo de las Soledades y la "Comedia del Doctor Carlino". Los biógrafos de Góngora cuentan y no acaban acerca de la actividad desarrollada por don Luis en este año, en que se inician con toda dureza, las batallas que han de librarse acerca de su obra, cuyas dos producciones importantes y discutidas, se fechan en esta etapa de su vida. El momento de sus poemas magistrales.

Sin embargo Miguel Artigas supone a nuestro racionero gozando de la quietud del campo, en la Huerta de Don Marcos, tan "cara" al poeta en los dos sentidos más comunes en los que puede emplearse esta palabra. Estaba libre de la asistencia a coro y de las Comisiones, que con tanta frecuencia le encargaba su cabildo; iríase a la Herta de Don Marcos, que llevaba en arrendamiento de por vida y en la quietud del campo escribiría el "Polifemo" y la primera "Soledad".

Si Góngora en este año frecuenta el campo, si está en contacto real con la naturaleza, sin duda que este contacto contribuyó a fijar en la mente de don Luis, tanta alusión al paisaje y a sus elementos como encontramos en el poema a la hija del Señor de Zuheros. ¿Conoció Góngora directamente este bello paisaje o lo imagina? Alguien le habría hablado de la nava, de los cerros, del bosque. Si enumeramos los elementos de paisaje, que en los versos de este romance nos encontramos, es en verdad copiosa: La Nava, los valles, el bosque, la gruta, los troncos, los montes, los cabezos, los escollos, los peñascos, las flores. Sirviendo de contrapunto a estos elementos estáticos, de quietud, hay en el poema alusión a los elementos móviles: el primero, la "novilleja" que ha escapado de la vigilancia de los vaqueros; después, los silbos, las voces, el viento, las nubes.

El poema, el bello romance, esta claramente diferenciado en dos partes, una esta dedicada al problema que se presentaba a los vaqueros, ya que, pese a su cuidado, una novilleja ha huido del rebaño. Un estribillo tres veces repetido nos resume el tema:

*¿Qué buscades los vaqueros?
una, ay, novilleja, una
que hiere con media luna
y mata con dos luceros.*

A continuación viene una segunda parte, en la que un vaquero que aparece, con el nombre tan repetido en la literatura pastoril de Gil, comunica a los demás que ha encontrado a la novilla, por lo que les pide albricias, aunque cuando éstos piden resueltamente ¡paso! Gil se lo vede con la reiterada recomendación.

Quedo, ay, quedetico, quedo.

Atendamos a la belleza de estos versos musicales en los que la mitología también tiene su parte, pero en los que está presente como en pocos de los de Don Luis, el sentimiento real de la naturaleza:

*¡Cuántos silbos, cuantas voces
la nava oyó de Zuheros,
sentidas bien de sus valles,
guardadas mal de sus ecos!
Vaqueros las dan buscando
la hermosa por lo menos,
carrera, luciente hija*

*del toro que pisa el cielo
¿Qué buscades los vaqueros?
Una, ay, novilleja, una
que hiere con media luna
y mata con dos luceros''.*

Buscan a la hermosa cerrera, luciente hija del toro, que en este caso es el signo mitológico de Tauro. Esta cerrera novilleja, hija del toro mitológico, esta cerrera, luciente hija, se ha perdido. Cerrero es el que anda y vaga de cerro en cerro libre y suelto. Esta hija cerrera del mitológico toro es luciente y es hermosa. Por todas partes la han buscado los vaqueros. Conocedores del terreno no han dejado lugar alguno por escrutar. Pero, más que los mismos vaqueros, es el deseo el que penetra en los más ocultos parajes y es el cuidado, el que hace escudriñar los más recónditos huecos.

*''no contiene el bosque gruta,
ni tronco ha roído el tiempo
que no penetre el cuidado,
que no escudriñe el deseo.
La diligencia, calzada, en
vez de abarcas, el viento,
los montes huella y las nubes,
turbantes de sus cabezas''*

Ordenemos en la vulgar prosa estos hermosos versos, para llegar por el camino de lo trillado hasta el regusto del verso gongorino. ''Quiere decir y dice'', utilizando una vieja formulación jurídica; quiere decir, que la diligencia que los vaqueros han puesto en la búsqueda, se ha personificado, ha tomado cuerpo y en vez de calzar las abarcas, rústica alborga usada por los hombres de campo, la diligencia se ha calzado el viento, y de esa forma huella los montes y huella las nubes, que tienen como misión servir como turbantes a los cabezos de la sierra.

Pero sigamos oyendo al poeta:

*''Aserrar quisiera escollos
la juventud, infiriendo
que peñascos viste duros
quien se niega a silbos tiernos.
Tan sorda piedad acusa
si rumiando, no, beleños
la alcanzaron tantas voces
en la región del silencio''.*

Vamos a seguir interpretando el pensamiento de nuestro poeta. Viene a decirnos en su magnífico sistema de exposición de la belleza, que hace que, no sólo el contenido sea bello, sino también la exquisitez de las palabras que utiliza para expresarlo. Recordemos que Góngora no tiene que recurrir al texto de sus grandes poemas, para utilizar sus más exquisitos recursos, sino que, en la pequeñez de una letrilla y de un romance cabe, si se quiere, para entendernos, tanto culteranismo como en cualquiera de sus grandes poemas.

La juventud, pensando que, quien se niega a escuchar tan tiernos silbos, es porque está rodeada de duros peñascos, quiere cortarlos como con una sierra, a fin de que sus llamadas lleguen al oculto lugar, en donde está la ''novilleja'' huidiza y recatada. Piensan sus buscadores, que la ''novilleja'' ha debido pastar beleño, planta cuya

ingestión produce sonnolencia; de otra manera no se explica como tantas voces, penetrando en la región del silencio, no la hayan hecho despertar.

Pero he aquí, que en el poema se va a producir un cambio. Gil ha dado con el lugar donde se ha escondido la novilleja, y es acaso el momento más bello del relato. Dialogan Gil y los demás vaqueros:

“pediros albricias puedo”.

dice Gil, y cuando los otros pastores le preguntan el motivo, con gesto decidido les dice:

*“no deis más paso.
La novilla he visto”.*

y todos los vaqueros, anhelosos por recuperarla, piden enérgicamente, ¡paso! pero el feliz hallador de la prenda los contiene: “quedo, ay, quedetico, quedo”.

*“Un no se que celestial,
que tiene de obscuro y claro,
para zafiro muy raro,
muy azul para cristal,
la niega con llave tal
que cierra el paso al denuedo”.*

El léxico gongorino, tan rico evocador de belleza, va en los pasajes finales, del poemita, sustituyendo a las palabras evocadoras de rusticidad; ahora son más ricas en evocación de color y de forma. El muro es diáfano, antes han aparecido el zafiro, el azul, el cristal, después la aurora, los purpúreos albores, las flores, las perlas, el sol. La novilleja solo la ha visto Gil, que después de decidirse gozoso, a pedir albricias por el encuentro, no quiere que nadie comparta con él la felicidad del hallazgo. La aurora, entre albores de púrpura, la contempla pacienciendo las mismas flores que tronchó y bebiendo las mismas lágrimas que lloró.

*“Dulce la mira la Aurora
entre purpúreos albores
pacer, las que troncó flores,
beber las perlas que llora.
Las perlas del Sol la dora
que corona el mayo ledo”*

para terminar con el bello equilibrio:

*¿De que Gil?
No deis más paso,
la novilla he visto.
¡Paso!
¡Quedo, ay, quedetico, quedo!”*

Esta es lisonja para doña Elvira de Córdoba hija del Señor de Zuheros. Yo pensé en verdad, hablar algo de este señor. Para tener datos sobre él recurrí a un Señor, con mayúscula, de Zuheros, nuestro compañero de Corporación el Doctor Don Juan Fernández Cruz. Pero, son tantos los datos que este auténtico Señor de Zuheros, sabe

del señor gongorino, que yo no me he atrevido a resumiroos. Quede pues sólo mencionado el Señor de Zuheros, y quede don Juan comprometido a hablarnos de él, el día que le apetezca. Siempre será una lección más, de las muchas que desde su cátedra de amor a su pueblo, nos está dando.

Góngora tornó este romance y lo estructuró a lo divino, era costumbre en la época tornar obras conocidas, de su contenido profano a un contenido devoto. Lo hizo siete años después en 1620, en un poema navideño al Nacimiento de Cristo Nuestro Señor. Después de conocer la primera redacción, ésta no nos resulta tan atrayente. El fraile cisterciense Bartolomé Ponce, hizo la versión "a lo divino" de la Diana de Montemayor en 1582; Sebastián de Córdoba en 1577, y Andosilla Larramendi posteriormente, parodiaron "a lo divino las poesías" de Garcilaso y de Boscán. Este cambio no resulta feliz, ni aun en el propio Góngora, que en verdad tiene los más bellos poemas navideños de nuestra literatura barroca. Góngora al lisonjear, alabar a la hija del Señor de Zuheros, también cantó a Zuheros, a su belleza, a su paisaje. Quede constancia de este canto del mejor poeta de Córdoba, a uno de los más bellos paisajes de su provincia.